

Francisco J. TALAVERA ESTESO, *Juan de Valencia y sus Scholia in Andreae Alciati Emblemata* (Universidad de Málaga, Málaga 2001). 660 pp.

En la Biblioteca Nacional de Madrid se conserva un manuscrito con unos *Scholia in Andreae Alciati Emblemata* escritos por Juan de Valencia. El presente libro, inscrito en el proyecto de la DGICYT “La literatura emblemática y los humanistas españoles. Presentación de textos inéditos y estudio de los mismos” (p. 8-9) recupera esta lectura, que interesará enormemente a los estudiosos del Humanismo hispano y de la Emblemática.

Francisco Talavera abre el libro con una introducción general que no se limita al autor y su obra (pp. 11-87):

- reúne las noticias obtenidas del rastreo en los archivos provincial y catedralicio: Juan de Valencia, nacido en Loja, llegó a ser racionero de la catedral de Málaga y estuvo al frente de una cátedra de Latinidad en el Estudio de Gramática de la ciudad en una franja cronológica que cabe situar entre los años 40 y 80 del siglo XVI;

- recompone un panorama sobre el Estudio de Gramática de Málaga (pp. 12-17; 21-25), echando mano, debido a la escasez de datos al respecto, a instituciones similares mejor conocidas como las de Antequera y Málaga;

- expone un muy esclarecedor estado de la cuestión (pp. 27-30) sobre la génesis del género emblemático, resaltando que Alciato en su juventud tiene dos claros intereses, como son la arqueología y la creación de epigramas; los emblemas constituyen la fusión de ambos: unos epigramas destinados a presentar imágenes procedentes del mundo antiguo, con el fin, como señaló el propio autor en su carta a Francesco Calvi varios años antes de 1531, de facilitar este material a los pintores y fundidores contemporáneos;

- trata igualmente, en su propósito de no pasar por alto ningún aspecto que afecte a la obra, el género literario del comentario, su trayectoria desde el mundo antiguo (pp. 33-40) y sus modalidades, lo que le permite tipificar con precisión el comentario de Valencia, que resulta seguir el modelo de Servio, dentro del tipo de los comentarios estructurados en torno a lemas introductorios, y dedicar la atención primordial a las fuentes clásicas como método para dar con el recto sentido de los emblemas comentados. Al respecto señala Talavera las diferencias del comentario a

Alciato de Valencia con el del Brocense, atisbando “un permanente debate no declarado” (p. 48) del primero con el segundo. Cabe destacar la observación (pp. 40; 49-52) de que Valencia recoge a menudo entre las fuentes ilustrativas a autores contemporáneos, tanto tratadistas como poetas, así como la de que de las tachaduras del manuscrito se desprende que muchas veces silencia adrede fuentes eruditas intermedias (Caelius Rhodiginus, Ravisio Téxtor, el Volaterranus, Alexander ab Alexandro, el propio Nebrija, diccionarios) con el fin de aparecer como conocedor directo de la fuente antigua. Ambos puntos son reveladores del método de trabajo de los humanistas;

- dedica una sección al manuscrito (pp. 54-56); se refiere a su estado inacabado (además de que abarca sólo los 71 primeros emblemas, constituye un borrador) y aventura una hipótesis sobre su paradero desde el escritorio de su autor hasta su llegada en 1755 a la Biblioteca Nacional, dentro del lote procedente de la biblioteca del Conde de Miranda;

- cierra la introducción con una lista bibliográfica de los autores citados (pp. 77-87).

Los criterios de edición constituyen un ejemplo de sentido común: se conservan, por su valor, en el aparato crítico las anotaciones de manos diferentes de la del autor y se moderniza en general la puntuación. Provocará en cambio división de opiniones la decisión de “adoptar con criterio flexible la ortografía clásica seguida en las modernas ediciones de los autores latinos de la antigüedad” (p. 67), pero en todo caso se recogen en una lista todos los términos en los que se ha intervenido en el *usus scribendi* del autor. Finalmente, aunque no es completo, se ha incluido un meritorio “Índice provisional de lugares citados de autores humanísticos” (pp. 637-642) elaborado por Purificación Pineda Vargas que acompaña a otros tres índices de autores citados en general, de autores clásicos y de nombres.

La edición consta del texto latino en la página de la izquierda, con los aparatos de citas clásicas (no se recogen las griegas ni las de humanistas) y crítico al pie, y de la traducción castellana en la de la derecha, con esporádicas notas. Para no dejar al lector sin el texto comentado por Valencia, al frente de cada capítulo se ha añadido una reproducción facsímil del emblema comentado, tomado de la edición de Matías Bonhomme de 1548, con su traducción española al pie, en tanto que la página frontera de ésta se rellena con reproducciones facsímiles de folios del manuscrito de Valencia. La traducción es natural y viva.

El Comentario a Alciato de Juan de Valencia resulta ser un texto precioso, y no sólo por la información que aporta sobre la recepción de Alciato en España y sobre la forma como se interpretaban sus *Emblemas*, sino también por el testimonio que representa sobre las lecturas y la biblioteca de un profesor de latín de enseñanza superior en la España de Felipe II; el balance final queda reflejado en el “Índice de lugares citados de autores clásicos latinos” (pp. 629-636); el autor más citado es Plinio, muy por encima de Virgilio, Cicerón, Horacio y Ovidio, que le siguen; es patente, pues, el uso sistemático de la *Historia natural* como fuente básica de “antigüedades”. Pero no es la única; otras fuentes de erudición bastante citadas son comentaristas, historiadores y tratadistas de la Antigüedad como Servio, Gelio, Justino, Macrobio, Varrón, Vegecio y Mela, y, más esporádicamente otros como el pseudo Asconio, Donato, Festo, Nonio, Porfirión, Probo, Solino, Eutropio, Frontino, Higino, Veleyo Patérculo, Vitrubio y Venuleyo Saturnino (hay que tener en cuenta, no obstante, que algunos de ellos pueden haber sido utilizados, como hemos dicho, mediante fuentes intermedias como Ravisio Téxtor, Pierio Valeriano, etc.). Finalmente se atestigua el manejo de textos como la *Appendix Vergiliana*, la *Antología griega*, Boecio, Símaco, Valerio Flaco; no menos significativa es la escasa presencia de autores como Tibulo y Propercio, Plauto, Estacio, o la ausencia total de Manilio, Petronio, Plinio el Joven o Isidoro de Sevilla.

Más interesante todavía puede resultar la extensa lista de autores y obras citados del Humanismo. Aun siendo incompleto, el “Índice provisional de lugares citados de autores humanísticos” (pp. 637-642) es muy ilustrativo. Los autores más citados son los tratadistas: el *Volaterranus*, Caelius Rhodiginus, Erasmo (*Adagios*), Alexander ab Alexandro (*Genialium dierum libri VI*), Pierio Valeriano, Ravisio Téxtor, Alciato, Sabélico, Paolo Giovio y Budé. La mayor parte de las ediciones citadas proceden del ámbito francés; en cambio los poetas son italianos: se cita a Policiano, Marulo y los Strozzi. La producción de los humanistas españoles es muy reducida; se menciona a Antonio de Nebrija (el comentario a Persio y el Diccionario) y Vives (la edición del *De ciuitate Dei* de San Agustín).

Al estudioso de las fuentes de la Emblemática le interesará especialmente documentar el manejo por Valencia de diferentes ediciones de la *Antología griega*, así como tratados del mundo animal como los de Eliano, Rondeletius (*De piscibus marinis*), Leonicerio (*Naturalis historia*), Wottonus (*De differentiis animalium*), y asimismo la referencia a mone-

das de la Roma imperial apoyada en manuales como el de Constantius Landus (*In ueterum numismatum Romanorum miscellanea explicationes*, Lyon 1560).

La mera edición y traducción de una obra como la de Juan de Valencia, olvidada y superviviente en un único manuscrito, es un acontecimiento destinado a trascender. Si a ello se suma el rigor y la exigencia con que se ha elaborado, hay que saludar de modo entusiasta el libro que Francisco Talavera pone en nuestras manos.

Bartolomé Pozuelo Calero
Universidad de Cádiz